

veneración. En efecto, nosotros no traemos a Europa complicaciones inoportunas; mantenemos, dentro de la frontera, un orden suficiente; nuestra administración es correctamente liberal; satisfacemos con honra nuestros compromisos financieros. Somos lo que se puede llamar *un pueblo de bien...* Europa reconoce esto; y, sin embargo, mira para nosotros con un desdén manifiesto. ¿Por qué? Porque nos considera una nación de mediocres, digamos francamente la dura palabra; porque nos considera *una nación de estúpidos*. Este mismo *The Times...*" (1)

Aquí yo citaba el *Times*, el *Daily Telegraph* (podría haber citado mil) que nos han acusado de estúpidos, de mazorrales y de intelectualmente fósiles. Y después agregaba estas palabras mías: "Tales observaciones son, de fijo, a más de descorteses, perversas."

En este momento yo veo desde aquí al lector honrado que va recorriendo estas líneas, detenerse, soltar el diario y el cigarro y decir para sus adentros o a las señoras que cosen al lado:

—¡Esto es singular! ¡Caso lamentable y raro! ¡Cómo! ¿Es esto lo que él había escrito? Entonces el procedimiento del Sr. Pinheiro Chagas no me parece correcto. ¿Con que el otro cita las palabras del periódico inglés, ofensivas para Portugal, las condena como perversas y descorteses, y el autor de *A Morgadinha de Valflor* atribúyelas a él y quiere hacerle soportar la responsabilidad de ellas? Si estas son las costumbres y maneras literarias, ¡bien hago yo en odiar a los literatos! ¿Por qué el Sr. Pinheiro Chagas no citó lo que el otro escribiera?... ¡Caso triste y antipático!...

(1) En efecto; esas son las frases que, reproducidas del *Times*, transcribe Eça en su ensayo *Brasil y Portugal (Cartas de Inglaterra, X)*.—N. del T.

¡Ríámonos, mi querido Chagas; riámonos aquí en este rincón, abrazados uno a otro. ¡Regodeémonos! ¡Cómo se ve que aquel hombre honrado que lee *El Atlántico* ignora las amarguras y las necesidades formidables del periodismo!... ¡Querer que usted me citase!... ¡Oh, ingenuo! ¡Si usted me citase, no podía hacer el artículo; y usted tenía que hacer absolutamente ese artículo!...

Conozco la situación; es tremenda. La víspera se le ha dicho al director del periódico, apretándole enérgicamente la mano y con la voz temblorosa:

—¡Palabra de honor, chico! Por mi vida, que tienes allá el artículo, pasado mañana, a las nueve. Soy incapaz de comprometerte. ¡Júrotelo por el alma de mis hijos! ¡Buenas noches! Lo tendrás...

Después, naturalmente, como usted sabe, no se piensa más en el artículo. Pero ¡cruel destino!, en el día en que cumple el plazo, suena la campanilla; ¡allá llega fatal, implacable, inaplazable, el muchacho de la imprenta! ¡Es horroroso! Sobre todo cuando usa botas que rechinan. Quédase en espera, paseando, en el patio o en el pasillo; y aquel lento gemir de suelas tristes, cadencioso y acusador, alucina.

Y aquí, en nuestro gabinete, ¡qué pavorosa lucha!... Las cinco tiras de papel allí están sobre la mesa, lívidas, irónicas, vacías, y es necesario llenarlas todas, de arriba abajo, con cosas sacadas de nuestra cabeza. Es trágico. La parte del esqueleto humano a que se recurre primero es naturalmente al cráneo, depósito de ideas, impresiones, adjetivos y teorías; se aprieta uno el cráneo con las manos trémulas; se sacude el cráneo como una vieja faltriquera; nada sale del cráneo. ¡Y las botas a lo lejos crujiendo!...

¡Maldición! Se recurre entonces al pecho, asilo de

aún en Ceilán. ¿Por qué no lo había dicho hace mucho tiempo, mi querido Chagas?...

Estoy vencido. Yo, que como usted afirma, soy un ignorante, no sabía realmente nada de ese respeto que nos tributa Ceilán. Pero ahora veo con evidencia que Portugal no necesita ni fuerte cultura intelectual, ni educación científica, ni elevación de gusto; no necesita tener escuelas ni saber leer; esos esfuerzos son para Francia, Inglaterra, Alemania, países no privilegiados. Portugal lo tiene todo garantido: su grandeza, su prosperidad, su independencia, su riqueza, su fuerza, desde el momento en que (según usted lo afirma con la autoridad de su saber) hay en los mares del Oriente una isla donde, debajo de un cocotero, a la orilla de un arroyo, andan cuatro indígenas, de caperuza blanca y taparrabos sucio, ocupados en estar en cuclillas adorando y respetando a Portugal...

En efecto, Portugal, teniendo esto, lo tiene todo. ¿Usted está bien cierto de que los indígenas existen allá debajo del cocotero? ¿Nos asegura que se hallan allí comiendo banana, o tejiendo esparto, o pensando en el Budha divino? ¿Nos asegura que, día y noche, no hacen más que respetar a Portugal, allí firmes, en cuclillas, debajo del cocotero? Bien. Entonces somos grandes; ¡es evidente! Somos fuertes; ¡está proladol...

No; no, buen Pinheiro Chagas; no, yo no "zaherí a la patria", como usted dice con su pluma de ganso, trémula de horror. Solamente que amo a mi país, de un modo distinto, de un modo íntimo, y burgués como yo soy; es por eso por lo que no nos comprendemos. No siendo poeta ni orador, como mi querido Chagas, no puedo dedicar cantatas a la patria, ni balancear delante de ella, como incensarios, las frases crujientes de

donde se exhala un aroma. En un alma discreta de burgués no hay lugar para esos grandes soplos patrióticos que atraviesan las almas del trovador, amplias y profundas como el mar. En nosotros no es por gorjeos de ruiñesior parlamentario, por apóstrofes balbuceados a los pies de las Molucas, por sollozos de un pecho ahogado de éxtasis, por serenatas y endechas, como se traduce el amor del país; es por emociones pequeñas, triviales y caseras, que poca relación tienen con la estruendosa toma de Ormuz; emociones de burgués que vive en el extranjero, en un rincón solitario de su hogar de solterón.

No se las describo, porque temo su sarcasmo. Pero, en fin, para que no sea yo solo en reírme, en esta carta, ahí entrego a su justa hilaridad esta ridícula confesión: es verdad, amigo; es verdad, veo con un secreto enternecimiento desde aquí, a veces, en días de fiesta, colgando de una humilde ventana, sobre su hermoso campo azul y blanco, la venerable imagen de las Quinas (1), que no tiene culpa de las odas en que sirve de rima, ni de las arengas en que sirve de tropo, y que allí se balancea a la brisa extranjera, modesta y grave, como conviene a quien vió tanto peligro y tanto mar...

Usted, bien lo sé, encuentra esto risible. Pero ¡qué diablo!, usted es un poeta, un orador, un luchador; yo soy sólo un pobre hombre de Pova de Varzim (2).

(1) Es el emblema de la antigua bandera de Portugal, que describe aquí Eça de Queiroz.—*N. del T.*

(2) Pova de Varzim es un pueblo marinero del Norte de Portugal, de la provincia del Minho, donde se supone nació Eça de Queiroz, en vista de este testimonio personal; pero hay biógrafos que sostienen que nació en Villa do Conde, pueblo inmediato. Antonio Cabral (*Eça de Queiroz; A sua vida e a sua obra; Cartas e documentos inéditos; Lisboa, 1916*)

Creo que hemos conversado bastante. No terminaré, con todo, sin aludir a una parte del artículo que no me parece prudente: es cuando usted habla de sumas recibidas de la *Gazeta de Noticias*, del alto precio en que me vendí para injuriar al país, etc. Yo bien sé que usted usó notables precauciones oratorias; mencionó el rumor y desmintió luego el rumor; tornó al punto a poner en pie el rumor y volvió a derribarlo con más furia. Esto es amable; pero, en fin, usted traicionó la confidencia que yo le hice (1). ¿Acuérdase, Chagas? Fué en aquella noche de tormenta, en la encrucijada, a pocos pasos de la capilla solitaria donde estaban doblando a difuntos. Yo llegué rebozado en un manto color de tiniebla, el puñal al cinto, dejando en la sombra un tintinear de espuelas. Un relámpago fulminó y hubo un *tremolo* en la orquesta. Hasta yo le dije, me acuerdo bien:

—¡Mi querido Chagas, esta situación patética parece incluso inventada por usted, amigo!...

Usted respondió ingeniosamente:

—Lo parece. Yo habría colocado alguna luz eléctri-

se inclina del lado de Povoá de Varzim, con el testimonio del padre, de la madre y de Ramalho Ortigão; Fidelino de Figueiredo, en cambio, defiende el nacimiento en Villa do Conde; e não em Povoá de Varzim, como por um melindre familiar fez crêr. (Vid. *Historia da literatura realista*, cap. IV, página 117; Librería Clásica Editora; Lisboa, 1914). El resumen de esta discusión puede leerse en mi artículo "Eça de Queiroz", en la revista *Estudio*, de Barcelona; octubre de 1918. Compárese con mi Introducción al volumen *San Onofre*, publicado por esta misma Biblioteca Nueva; Madrid, 1920. N. del T.

(1) Adviértase desde este párrafo la transición del tono satírico y, a veces, agresivo contra Pinheiro Chagas al tono de pérfida ironía fina, apta para iludir al lector incauto.— N. del T.

ca iluminando los ropajes de una virgen cuya alma el mundo no comprende...

Entonces yo le arrastré al pie del crucero donde brujuleaba una lámpara; y sentado sobre las gradas de piedra fría, comencé a contarle mi secreto: que la *Gazeta de Noticias* me daba un millón (¡un millón en oro!) para que yo injuriase semanalmente a Portugal, echase veneno en los manantiales del Alviela e hiciese saltar con dinamita la estatua de Camões...

¡Usted tembló, amigo! Y me murmuró al oído estas palabras:

—Prudencia, prudencia...

Yo repliqué con furor:

—He de beberle la sangre a Portugal. ¡He de beberse la!...

Un trueno retumbó. Sobre uno de los brazos de la cruz graznó un mochuelo. Y separámonos en el camino negro cuando daba la media noche en la torre de la Catedral.

Usted me había jurado secreto. ¡Y ahora viene a publicarlo todo en *El Atlántico*! ¡He de asesinarle en el quinto acto!...

Ahora a otra cosa, mi querido Chagas. ¿Conoce usted la historia del pueblo judío?... Pero, en fin, sabe que la Biblia, la Ley, el Talmud, Jehovah y otras instituciones terribles prohíben a los israelitas comer tocino...

Un día, en un *lunch*, un judío es convidado por la señora de la casa a servirse fiambres. El hombre vacila, tentado por Belzebú. La sonrisa de la dama era adorable; el cochinito, colorado y tierno... Pero ¿y la ley santa? Una raza, tan maltratada ya por su Dios, no se arriesga fácilmente a injuriarlo.

Por fin, sucumbiendo a la gula, el buen israelita ex-

EÇA DE QUEIROZ

tiende la mano trémula a escondidas (¡a escondidas de Jehovah!) y recoge sutilmente en el plato una gorda loncha de fiambre.

Inmediatamente en el cielo, que estaba torvo y cargado, revienta un trueno enorme.

—¡Ahí está!—exclama el hijo de Israel, dejando colgar desconsoladoramente los brazos—. ¡Siempre la misma exageración!... ¡Todo ese barullo cielos adelante por causa de un pedacito de tocino!...

Creo que esta será la impresión general con respecto a nosotros: estábamos haciendo mucho ruido por causa de muy poco tocino...

¡Y pensar, querido Chagas, que, mientras usted está ahí ocupado en componer en *El Atlántico* una formidable ecuación algebraica para probar (¡Dios me perdone!) no sé qué cosas siniestras sobre las Molucas; mientras yo estoy aquí abandonándome a este charlar indiscreto;—el gran Darwin publica su libro sobre *El movimiento de las plantas*; el profesor Huxley lanza su gran manifiesto de *Educación científica contra educación clásica*; Zola nos da su prodigioso trabajo sobre *Gustavo Flaubert*; tantos otros trabajan y crean, y el Genio del siglo forja, con un ruido sublime, en su yunque de bronce y de oro, las palabras y las ideas que quedan... ¡Y nosotros aquí, escriboteando no sé qué cosas minúsculas, que apenas rasgúan un momento sobre el papel y son luego polvo imperceptible!... ¡Usted no siente ganas de tirarse a un pozo? Yo sí las siento...

En todo caso, amigo, usted sabe cómo yo le estimo y cuán agradables me serán siempre sus artículos, aunque me inmolen en holocausto a Ceilán. Y después, querido Chagas, como a Ovidio desterrado entre los bárbaros, me es dulce todo lo que viene de ahí, de

NOTAS CONTEMPORÁNEAS

Roma, de la imperial Roma, llegándome en la cadencia de oro del hablar latino—con un aroma de los jardines de Augusto—aunque sean los blandos epigramas de Hyginus...

Afectuoso apretón de mano de quien es amigo y cofrade,

*et nunc et semper,*

EÇA DE QUEIROZ.

Bristol, 28 de enero de 1881.

Mi querido Pinheiro Chagas: *El Atlántico*, sorteando los temporales, no me trajo hasta hoy sus dos cartas, ambas muy joviales, muy eruditas ambas. Y creo realmente que podemos acabar aquí este memorable encuentro.

Estamos hace unas semanas, en este circo de azar, trocando golpes espaciados y blandos, delante del César que, bajo el velario de púrpura, no repara en nosotros; delante del grupo de caballeros ocupados de las cosas superiores de la vida—la renta de la casa, el enamoramiento y la política—; delante de una Plebe que, en estos tiempos de miseria y de frío, sólo puede pensar en la lumbre y en el pan, ¡desgraciada de ella!, cuando los tiene; y delante de las Vestales... Tal vez sea mejor no hablar de las Vestales...

Si le parece, pues, aprovechemos esta indiferencia del Anfiteatro para deponer subrepticamente las armas en el suelo y conversar aquí en un rincón, limpiando los chorros de sudor bajo el yelmo... ¡Pues,

amigo Chagas, la cosa estuvo linda! Y sus tres artículos han de quedar, indiscutiblemente, como tres ricas y considerables piezas de prosa. Lo que los estropea, a mi ver, es el encarnizamiento excesivo con que a cada paso usted apostrofa mi ignorancia; y el deleite baboso con que constantemente alude a su sabiduría...

Por lo demás, un espectáculo delicioso; y sólo lamento que no estuviese presente Molière. A él pertenecía (a él, o tal vez a Henri Monnier) (1) este hermoso documento humano. Pinheiro Chagas, nuestro amable Pinheiro Chagas, con la frente alta y la mano en la cintura, hablando de la teoría del medio, de los procedimientos científicos, de la crítica científica, del positivismo, de la raza latina, del saqueo de Roma, de Maquiavelo, del asesinato de Guisa y de San Francisco Javier; juzgando, con una ingenuidad que arranca lágrimas, que todos esos fragmentos de vieja fraseología crítica, recogidos entre el estiércol de vetustas *Revistas de Ambos Mundos*; que todos esos hechos y nombres arrastrados desde hace varias generaciones por los compendios del liceo, son enormes revelaciones críticas, filosóficas e históricas, y volviéndose para mi humilde persona exclamando por encima del hombro, en un tono de piedad y desdén:

—¡Todo esto para usted, mi querido señor, son cosas completamente nuevas!...

¡A mí, Molière! ¡A mí, Henri Monnier, descubridor de Mr. Prudhomme! ¡A mí, fino Labiche (2), de la Academia Francesa!...

(1) Todo el mundo sabe que este gran dramático francés del siglo pasado es el creador del tipo inmortal de monsieur Prudhomme.—*N. del T.*

(2) Eugène Labiche (1815-1888), en el auge de su repu-

Después, si yo, tímido y asustado, aventuro una opinión, usted, mi querido Chagas, inmediatamente, dando un puntapié a las restricciones que la urbanidad impone a la infautación; ¡clasifícala de *disparate!* (textual).

¡A él, Lord Chesterfield! ¡A él, Marqués de Coislin! ¡A él, todos vosotros, que marcasteis en la sociedad las reglas de la cortesía!...

¡Usted es terrible, Chagas! Ya se trate de un libro, ya de un raciocinio, ya de un héroe, ya de un sistema, he ahí que usted me apunta con el dedo y exclama con tedio:

—¡Vean aquello! ¡Qué ignorancia! No leyó nada... No sabe nada...

Después, una pausa. Y poniéndose bien en evidencia, dándose en la barriguita pedagógica palmaditas acariciadoras, he ahí que usted murmura hacia ambos lados, bañado en risa y gozo:

—¡Ahora, miren para mí! ¡Vean esto! ¡Qué sabiduría! Lo leí todo, lo sé todo...

Tal vez usted repruebe, amigo, esta manera de apreciarle, trazándole el contorno y sorprendiéndole el movimiento, en una crítica dramatizada y llena de colorido. ¿Que quiere, Chagas? De su carta no me quedó la impresión de una idea, sino sólo el recuerdo de una actitud; de suerte que, para juzgarla, he de emplear, no los métodos del raciocinio, sino las artes del dibujo.

Por lo demás, querido Chagas, usted tiene razón. Nadie ignora que yo soy un camello. Mi puesto no está

tación, por lo tanto, cuando Eça escribía estos párrafos, fué comediógrafo de gran fama, autor de muchas piezas teatrales, entre las cuales sobresalen *Le chapeau de paille d'Italie*, *L'affaire de la Rue Lourcine*, *Le misanthrope* y *L'Auvergnat*.—*N. del T.*

aquí, en *El Atlántico*; está allá, a lo lejos, en la extensa fila de mi caravana, por el desierto adelante, en derechura a la costa del Hedjaz, llevando un fardo entre las dos jorobas, rumiando la ración de cardos, con los ojos cerrados y el labio colgante, balanceándome en cadencia, a la melopea de marcha que el guía va cantando a las estrellas. Mientras que usted, la sabiduría misma, con todos los atributos divinos de la antigua Minerva, de la Palas vencedora, de la luminosa patrona de Atenas; usted lleva el casco, la lanza, la doble coraza de oro sobre los dos senos y la túnica cayéndole en pliegues dogmáticos; así se explica el nimbo color de aurora que le cerca y el suave aroma de ambrosía y de rosa que de usted se exhala. Usted es Minerva, usted es diosa...

Solamente déjeme recordarle que Minerva era modesta. En general, los dioses eran modestos; mezclándose tanto en la vida de los hombres, tenían mucho a su sarcasmo. Y los hombres mismos, actualmente, cuando tienen algún valor, son siempre modestos. Las grandes ínfulas de sabihondo, como las ínfulas de ricacho, como las ínfulas de valentón, pasaron totalmente de moda. Hay hoy en las sociedades cultas un tono general de buen gusto, de ironía, de fino sentido, que ponen muy pronto en su lugar a los fanfarrones de la sabiduría, del millón o del músculo.

Al nabab que nos agita delante de la faz una bolsa llena de oro, diciendo: —¡Pobretones! ¡Yo soy rico!—, se le responde tranquilamente: —¡Tal vez; pero eres grosero!...—. Al matasiete que nos muestra sus puños de Sansón y nos grita: —¡Cobardes, yo soy fuerte!—, se le replica fríamente: —¡Tal vez, pero eres brutal!—. Y al sabihondo que, con cuatro volúmenes debajo de cada brazo, nos venga a decir desde

lo alto: —¡Ignorantes! ¡Yo soy sabio!—, se le contesta serenamente: —¡Tal vez; pero eres pedante!...

Y este tono, mi querido Chagas, es indispensable. Si no, los ricachos, los valentones y los sabihondos, coligados entre sí, harían bien pronto la sociedad inhabitable. Estas cosas pasan así en las relaciones de hombre a hombre; pero, evidentemente, otro y muy diverso es nuestro caso. Yo (como usted dice) soy un camello; usted (como yo afirmo) es Minerva. Está claro que deben ser reguladas por una ley diferente las relaciones entre una Diosa y una bestia de carga.

Esto, en cuanto a la forma, querido Chagas; en cuanto al fondo mismo de nuestra copiosa discusión, me enorgullece el ver que usted, en estas últimas cartas, trae a mis ideas el formidable apoyo de su supradicho saber. De hecho, esas cartas, si las despegamos las ricas lentejuelas de su estilo, si las despojamos de su hermosa ornamentación científica, nos aparecen simplemente como la comprobación desenvuelta de mis ideas y de mis palabras; palabras e ideas que ahora me vuelven revestidas de una autoridad imprevista y suprema.

Tomemos, por ejemplo, esa fatal frase de la *Gazeta de Noticias*, en que yo osé decir que “nuestra dominación en Oriente fuera un monumento de ignominia”. ¡Al principio, su furor fué grande, Chagas!... Esa frase humilde, compuesta de cuatro palabras, la atacó usted, fiero y carnicero, con un aparato de erudición suficiente para demoler los cimientos de una obra en veinte volúmenes!... La frase resistió, sin embargo. Después, yo le perdí de vista; ¡usted había partido desvariado, dentro de una nave, y andaba gritando cosas patrióticas, allá lejos, muy lejos, por el Indostán, por Ceilán, por las playas de las Molucas!...

Ahora, en esta penúltima carta, usted aparece, al regreso del viaje, más circunspecto y más grave; y apretándome enternecidamente la mano, confiésame "que nuestra dominación en Oriente fuera, en efecto, un monumento de ignominia". Y pruébalo usted; pruébalo con un prodigioso lujo de saber. Extiende por *El Atlántico* el hazañudo sudario de las históricas torpezas; allí se ve al famoso D. Duarte de Menezes pirateando; allí se contempla al terrible Alfonso de Alburquerque degollando al infeliz moro de Ormuz!... Y su justicia, tardía, pero implacable, va ahora por esa historia adelante, arrancando a cada estatua su dorado ficticio: Vasco da Gama, cuyas cenizas usted ayudó a transportar en una gran apoteosis cívica, es ahora solamente un criminal y un asesino, según usted. Ese Don Francisco de Almeida, causa de tanto elogio, es, según usted dice ahora, un siniestro autor de bárbaras carnicerías. Su gráfica descripción de la toma de Dabul me heló la sangre. ¡Y al leerlo, todos nuestros héroes del siglo XVI me aparecen como una turba bestial de furiosos irresponsables, asolando tierra y mar!...

Y aun exclama usted que las infamias son tan numerosas, tan vastas, que con ellas puede llenar dos gruesos volúmenes. ¡Dos gruesos volúmenes empleados en hacer una carnicería crítica de todos los varones ilustres de la patria!... ¡*Dos gruesos volúmenes!* ¡Ah, Chagas injusto, Chagas parcial!... ¡Y truena usted contra mí por haber compuesto *una sola frase!*...

Peró añade usted que si yo tuviese el menor concepto de la crítica histórica (a más de mis dos jorobas de camello), debía considerar que estos hombres, viviendo en el siglo XVI, participaban de la ferocidad de su época. Y es cómico verle argumentar conmigo, ¡como si yo, sobre el asunto, hubiese escrito un *infolio!*... En

esa frase corta, hecha de cuatro palabras, ¿cómo podía yo incrustar todos los desenvolvimientos críticos, científicos, filosóficos que usted reclama?... Aún así no di a entender que las conquistas de Oriente se hubiesen realizado ayer por la noche en el callejón venerable del *Fala-só* (1), o dentro del Arca, bajo el ojo paternal de Noé. Sí, amigo; fué en el siglo XVI, y dejo incluso pasar esa idea nebulosa que usted me parece tener del Renacimiento, considerando una era bárbara lo que, en realidad, fué todo un mundo de humanidad y de simpatía universal; como no discuto esa comparación del saqueo de Roma, que no fué una expedición como las nuestras a las Indias, organizada por un Estado civilizado, sino una feroz correría de mercenarios, de demagogia militar, que nada tenía de común con los ejércitos imperiales de Carlos V; anarquía armada semejante a la de los mercenarios que atacaron a Cartago; multitud de rapiña a quien el hambre impelía, donde Borbón no era un jefe único, sino un rebelde más.

Sin embargo, no son estos los puntos que yo traté. Aquí está mi punto particular; di una línea, un resumen de una época, y usted, hombre de erudición, acumulando hechos sobre hechos, prueba que mi resumen fué exacto. Parece, pues, que habiendo concordado usted con mis conceptos, sólo nos queda que caigamos uno en los brazos de otro, con un grito de reconciliación. ¡No! Porque usted aún está enfurruscado. ¿Por

(1) El callejón del *Fala-só* o "Habla solo" en castellano, es uno de los callejones más típicos y arcaicos de Lisboa; está al comienzo de la alta cuesta denominada *Calçada da Glória*, por donde sube el funicular, que remata en el jardín de San Pedro de Alcántara, comunicando la Lisboa central y nueva con el Barrio Alto.—N. del T.

qué? Porque yo he ido a beber mis informes a la *Historia de Portugal* del Sr. Oliveira Martins, en lugar de haber ido a buscarlas con solicitud a su *Historia de Portugal*, a la *Historia de Portugal* de Pinheiro Chagas. Yo comprendo el furor de un historiador, con etiqueta y puerta a la calle, al ver a un parroquiano ir alegremente a proveerse de ciencia a la *Historia* del vecino y del rival. Son momentos que bastan para depositar en un alma de compilador o de tendero capas insondables de hiel. Y el mismo público, el público serio, constitucional y parlamentario, puede extrañar tal vez que yo, teniendo aquí la *Historia de Portugal* de Pinheiro Chagas, monumento, sin duda, grandioso, de donde brota por cañería de oro el puro y fuerte chorro de la Verdad, fuese a beber en la *Historia de Portugal* de Oliveira Martins, ¡fuente hecha con un ladrillo entre dos hierbas, de donde gotea espesamente la baba densa del error!... Mi comportamiento parece, en efecto, una ofensa a todas las leyes humanas; pero yo voy a justificarlo...

Conociendo bien, mi querido Chagas, sus bellas obras de teatro, de polémica, de poesía y de crítica, ignoraba totalmente que fuese usted un historiador y hubiese escrito una *Historia de Portugal*. Sabía de fijo que usted publicaba estudios, fragmentos, episodios, constituyendo una interesante serie de ensayos históricos; y a ellos aludí cuando procuré analizar su organización de brigadier. Encontré también en las *Notas sobre la historiografía en Portugal*, del Sr. Oliveira Martins (¡siempre este hombre fatal!) (1) la mención de “una compila-

(1) Esta misma frase que aquí emplea Eça con ironía cariñosa, aplicándola a Oliveira Martins, la utiliza en otro de sus ensayos para abominar del supracitado Pinheiro Chagas (¡siempre este hombre fatal!).—N. del T.

ción que dió a luz, bajo el título de *Historia de Portugal*, una Sociedad de literatos (el Sr. Pinheiro Chagas)”. Y de esta curiosa frase deduje, como todo el mundo deduciría, que algunos literatos habían compilado una de esas historias anecdóticas y populares que publican las *Bibliotecas recreativas*, y que usted había sido encargado por el editor de planear, dirigir y revisar esa recopilación. Francamente, pensé eso; veo que cometí un error abominable. Usted, en efecto, había escrito una *Historia de Portugal*, bajo el numeroso seudónimo de una “Sociedad de literatos”, precisamente como se puede publicar un poema bajo este seudónimo múltiple: “Las once mil vírgenes”, o una opereta por “Una Sociedad filarmónica”. Ahora que sé que ese trabajo existe, y que debe ser (si usted puso en él la elevación y la elocuencia de sus demás libros) una obra fuerte, sólida y bella, iré a aprender, de ahora en adelante, a amar mejor a mi patria.

Hay otro punto en que también le agradezco haber convenido conmigo: acerca del *patriotismo*. En su primer artículo, usted se mostró (como se ha mostrado desde el día en que tan gloriosamente se estrenó en las letras) partidario apasionado de ese patriotismo que predica que la mejor manera de solucionar el conflicto de la vida contemporánea es ir a contemplar el brillo de las pasadas glorias; patriotismo que entiende que, para tener derecho a un puesto respetado entre las naciones cultas, no necesitamos literatura, ni ciencia, ni arte, ni modales, ni buen sentido, ni buen gusto, sino que basta dar un barnizaje fresco a los viejos laureles de Arzila y mostrar al extranjero cómo refulgen aún... Yo, entonces, modestamente (como compete a un camello que deja su caravana para venir a agitar con hom-



los afectos, de los sentimientos generosos. Tal vez de allí salga un canto, un grito, un apóstrofe. Se araña convulsivamente el pecho; se golpea desesperadamente en el pecho como en una puerta cerrada; el pecho permanece mudo como el cráneo. ¡Y las botas a lo lejos crujen!...

¡Infierno! Y entonces los creyentes rezan a la Virgen María; los ateos invocan la muerte, el dulce aniquilamiento de la materia; los más violentos piensan en atraer al mozo de la imprenta con palabras dulces, cortarlo en pedazos con una navaja de afeitar, esconder los fragmentos en la letrina doméstica... ¡Y las botas, allá en el fondo, irónicamente crujen!...

¡Ah, querido Chagas, de ahí vienen las canas precoces! ¿Sabe usted lo que yo hice en una de estas agonías, sintiendo al muchacho de la imprenta toser en la escalera, y no pudiendo arrancar una sola idea útil del cráneo, del pecho o del vientre? Agarré ferozmente la pluma, y medio loco, di una tunda desesperada al Bey de Túnez. ¿Al Bey de Túnez? Sí, mi querido Chagas, a ese venerable Jefe de Estado, a quien yo nunca viera, que nunca me hiciera mal alguno y que incluso creo que en esa época había muerto. No me importó. En Túnez siempre hay un Bey; lo aniquilé...

Por eso yo comprendo muy bien que usted no me pudiese citar. ¡Qué demonio! Si me citase, ¡adiós, bellas frases! ¡Adiós, bello patriotismo! ¡Adiós, bello artículo!... Y usted oía en el corredor las suelas malditas crujiendo. Tal vez yo, en su caso, hubiese hecho algo peor...

¿Comprende ahora el lector las razones de orden íntimo que impidieron a mi amigo y colega Pinheiro Chagas el citarme?... Bien; déjeme entonces ponerle delante de los ojos otro párrafo de la *Gazeta de Noti-*

*cias.* Escribí yo: "Pero la verdad es que en una época tan intelectual, tan crítica, tan científica como la nuestra, no se logra la admiración universal, ya sea una nación, ya un individuo, sólo con tener comedimiento en las calles y pagar lealmente al panadero. Son cualidades excelentes, pero insuficientes. Requiere más; requiere la fuerte cultura, la fecunda elevación de espíritu, la fina educación del gusto, la base científica, la cultura del ideal, que en Francia, en Inglaterra o en Alemania, inspira en el orden intelectual la triunfante marcha hacia adelante; y en las naciones de facultades menos creadoras, en la pequeña Holanda o en la pequeña Suecia, producen ese conjunto eminente de sabias instituciones, que son, en el orden social, la realización de formas superiores de pensamiento."

Este debía ser (y creo que realmente es) el punto de discusión entre nosotros. Yo digo que Portugal, en esta época en que no puede hacer conquistas ni tiene ya continentes que descubrir, debe esforzarse por lograr un puesto entre las naciones civilizadas, por su educación, su literatura, su ciencia, su arte; probando así que aun existe porque aun piensa... Fuimos grandes, por lo que antaño hacía grandes a las naciones: la fuerza; procuremos hacernos fuertes, por lo que hoy hace a las naciones fuertes: la idea. Fué esta noble superioridad la que yo deseé a mi patria.

Usted, mi querido Chagas, responde a esto que Portugal no necesita ciencia, ni gusto, ni arte, ni literatura, ni cultura, ni un conjunto de sabias instituciones; y que desearle tales ventajas es insultarle... Y usted da la razón por qué Portugal no necesita nada de esto: es (dice usted), porque Portugal antaño poseyó Cochim y Cananor, y porque el nombre portugués es respetado